BEHEMAH

De la bestialidad.—Este título repugna al espíritu y entristece el alma. ¿Cómo imaginar sin horror que un gusto tan depravado pueda existir en la naturaleza humana, tan susceptible de elevarse sobre el nivel de todos los seres animados? ¿Cómo figurarse que el hombre haya podido prostituirse de tal manera? ¡Cómo! ¿Ha podido poner á los pies de un vil animal todos los encantos, tadas las delicias del amor, todos sus transportes? Al físico de esta pasión, á esta fiebre impetuosa que puede llevar á tales desvaríos, no han enrojecido los filósofos someter la moral del amor. *Lo físico es lo único bueno*, han dicho.—Pues bien, leed á Tíbulo, y después corred á contemplar ese físico en los Pirineos, donde cada pastor tiene su cabra favorita; y cuando hayáis observado suficientemente los horribles placeres del montañés brutal, repetid aún: *En amor, sólo lo físico es bueno.*

Un sentimiento muy filosófico puede impulsar á fijar un momento la mirada en un objeto tan extraño, porque este sentimiento, dando la fuerza necesaria para separar todas las ideas que la educación, los prejuicios y el hábito nos inculcan alternativamente, indica más de un punto de vista que considerar, más de una experiencia qué hacer, cuyos resultados podrían ser útiles y curiosos.

La forma particular cómo la naturaleza ha distinguido al hombre y la mujer, prueba que la diferencia de los sexos no estriba en ciertas variedades superficiales; sino que cada sexo es tal vez el resultado de tantas diferencias como órganos hay en el cuerpo humano, por más que no sean todos igualmente sensibles. Entre las que son bastante sorprendentes para que sean advertidas, hay algunas cuyo uso y fin no están bien determinados. ¿Débense al sexo esencialmente ó son una consecuencia necesaria de la disposición de las partes constituyentes? (22). La vida se extiende á todas las formas, pero en unas se mantiene más que en otras. Las producciones monstruosas humanas viven más ó menos; pero las que lo son demasiado, pronto sucumben. Así, la anatomía, iluminada cuanto fuera posible, podría decidir hasta qué punto fuera dable ser monstruo, es decir, separarse de la conformación particular á su especie, sin perder la facultad de reproducirse, y hasta qué otro punto sin perder la de conservarse. El estudio de la anatomía aun no ha sido dirigido á este punto, por el cual podría sacarse provecho de ese error de la naturaleza, ó de ese abuso de sus deseos y de sus facultades que llevan á la bestialidad.

Las producciones monstruosas de animales diferentes conservan una conformidad particular á ambas especies, perdiendo insensiblemente la facultad de reproducirse. Las producciones monstruosas de la humanidad nos enseñan además hasta qué punto el alma racional se *transmite ó se enreda*, si así puede hablarse, con el alma sensitiva. Es particular que la física haya desdeñado estas investigaciones.

---

(22) Por ejemplo, la curvatura de la columna vertebral, ¿supone en un jiboso el desarreglo de otras partes, lo cual les da á todos una especie de parecido que podríamos llamar *aire de familia?*

La parte constitutiva de nuestro ser, que nos diferencia esencialmente de nuestro bruto, es lo que llamamos alma. Su origen, su naturaleza, su destino, el lugar donde reside, son un manantial inagotable de problemas y de opiniones: unos aniquílanla con la muerte, otros la separan de un todo al cual se reune por reintegración, como el agua de una botella flotante, que, al romperse ésta, se reuniría con la masa. Estas ideas han sido modificadas hasta lo infinito. Los pitagóricos no admitían la reintegración sino á vuelta de transmigraciones; los platónicos reunían las almas puras y purificaban las otras en nuevos cuerpos. De ahí las dos especies de metempsícosis que profesaban esos filósofos.

Respecto de las discusiones sobre la naturaleza del alma, ha sido el vasto campo de locuras humanas, locuras ininteligibles para sus propios autores. Thales pretendía que el alma se movía por sí misma; Pitágoras, que era una sombra provista de esta facultad de moverse por sí misma; Platón definíala una substancia espiritual moviéndose por un número armónico; Aristóteles, armado de su extraña palabra *entelequia*, nos habla del acuerdo de todos los sentimientos juntos; Heráclito créela una exhalación; Pitágoras un desprendemiento del aire; Empédocles un compuesto de los elementos; Demócrito, Leucipo, Epicuro una mezcla de no sé qué de fuego, de aire, de viento y de otro cuarto elemento que no tiene nombre. Anaxágoras, Anaximenes, Arquelao, componíanla de aire sutil; Hipono, de agua; Jenofonte, de agua y de tierra; Parménides, de agua y de tierra; Boecio, de fuego y de aire; Critias colocábala sencillamente en la sangre; Hipócrates no veía en ella otra cosa que un espíritu esparcido por todo el cuerpo; Marco Antonio la tomaba por viento; y Critolao, cortando lo que no podía desatar, suponíala una quinta substancia.

Hay que convenir en que semejante nomenclatura tie-

ne todo el aire de una parodia, y diríase que aquellos grandes genios se burlaban de lo magistral del objeto de su discusión, viendo que el resultado de sus meditaciones eran definiciones asimismo ridículas, si, leyendo los más célebres autores modernos, fuéramos más ilustrados en la materia que por los desvaríos de los antiguos. Lo más notable que se desprende de sus opiniones en este particular, es que jamás se tuvo, hasta nuestros dogmas modernos, la menor idea de la espiritualidad del alma, aunque se la formara de partes infinitamente sutiles (23). Todos los filósofos la han creído material, y sabido es lo que todos pensaban acerca de su destino. Como quiera que sea, las locuras teóricas, las hipótesis, aun las ingeniosas, jamás nos ilustrarán tanto como las experiencias físicas bien dirigidas.

No es que crea que puedan revelarnos ni la estructura del alma ni el lugar donde reside; pero los matices de sus gradaciones pueden ser infinitamente curiosos. Ese es el único capítulo de la historia que parece sernos abordable.

Sería muy temerario decidir que los brutos no piensan, por más que el cuerpo tenga, independientemente de lo que se llama alma, el principio de la vida y del movimiento. El mismo hombre es á menudo máquina: un bailador hace los movimientos más variados, los más ordenados en su conjunto, de una manera muy exacta, sin prestar la menor atención á cada uno de esos movimientos en particular. Lo mismo ocurre, á corta diferencia, con el músico ejecutante; el acto de la voluntad sólo interviene para determinar la elección de tal ó cual aire. Dado el primer impulso á los espíritus animales, el resto se ejecuta sin que piense en ello; las gentes distraídas, los sonámbulos, están á menudo en un verdadero estado automático. Los movimientos que tienden á conservar nuestro equilibrio son de ordinario muy involuntarios; los gustos y las antipatías preceden en los niños al discernimiento. El efecto de las impresiones exteriores en nuestras pasiones, sin el auxilio de pensamiento ninguno, por la sola correspondencia maravillosa de los nervios y de los músculos, ¿no es asaz independiente de nosotros? Y, no obstante, estas emociones esencialmente corporales fijan un carácter muy marcado en la fisonomía, que tiene una particular simpatía para el alma.

(23) Sabido es lo divididos y ambiguos que han estado en esta materia los mismos Padres de la Iglesia. San Ireneo no vacilaba en decir que el alma era un soplo, parecida á los cuerpos en que había habitado, y que sólo era incorpórea con relación á los cuerpos groseros. Tertuliano declárala sencillamente corpórea. San Bernardo hace una distinción muy extraña y pretende que no verá á Dios, pero que conversará con Jesucristo.

Los animales considerados desde un simple punto de vista mecánico, suministran, pues, gran número de soluciones á los que les rehusan el don del pensamiento; y no sería muy difícil probar que gran parte de sus operaciones, incluso las más sorprendentes, no lo necesitan. Pero, ¿cómo concebir que simples autómatas se entiendan, obren de concierto, convengan en un mismo deseo, estén en correspondencia con los hombres, sean susceptibles de educación? Se les educa y aprenden; se les manda y obedecen; se les amenaza y temen; se les halaga y acarician; en fin, los animales nos ofrecen una multitud de acciones espontáneas en las cuales revélanse las imágenes de la razón y de la libertad, tanto más cuanto son menos uniformes, más diversificadas, más singulares, menos previstas, acomodadas en el acto á la ocasión del momento; hay entre ellos quienes tienen un carácter determinado, que son celosos, vengativos, viciosos.

Una de dos: ó Dios ha tenido gusto en hacer á las

bestias viciosas y darnos con ellas modelos muy odiosos, ó tienen, como el hombre, un pecado original que ha pervertido su naturaleza. La primera proposición es contraria á la Biblia, que dice que todo lo que ha salido de las manos de Dios es bueno y muy bueno. Pero si las bestias eran entonces lo que hoy son, ¿cómo decir que fuesen buenas y muy buenas? ¿Dónde está el bien en que un mono sea malhechor, un perro envidioso, un gato pérfido, un ave de rapiña cruel? Hay que recurrir á la segunda proposición, y suponerles un pecado original: suposición gratuita que choca con la razón y la religión.

Una vez más, pues, hemos de concluir que no puede trazarse con razonamientos teóricos la línea de demarcación entre el hombre y la bestia. Nuestra alma tiene muy pocos puntos de contacto para que sea fácil, aun á la física, penetrar hasta ella, rozar siquiera su substancia y su naturaleza: no se sabe dónde fijar su asiento. Unos han pretendido que está en un lugar particular, desde donde ejerce su imperio. Descartes la ha alojado en la glándula pineal; Vicussens en el centro oval; Lancisi y M. de la Peyronie en el cuerpo calloso, otros en los canales. El clima, la temperatura, los alimentos, una sangre espesa ó lenta, mil causas puramente físicas, forman obstrucciones que influyen en la manera de ser, y así, alambicando las suposiciones, se variarían los efectos hasta lo infinito, y revelaríase por los resultados, así como también por la experiencia, que no hay cabeza, por sana que sea, que no tenga algún conducto obstruído.

Lo curioso, lo interesante, lo útil, sería, por consiguiente, saber hasta qué punto puede ser más ó menos racional un ser de la especie humana degradado por su cópula con el bruto; es tal vez la única manera de arrancar á la naturaleza una parte de su secreto; pero

para conseguirlo sería preciso estudiar los productos, darles una educación conveniente, y considerar con cuidado esas clases de fenómenos. De esta operación se sacarían probablemente más ventajas para el progreso de los conocimientos humanos que de los esfuerzos que enseñan á hablar á los sordos y á los mudos, las matemáticas á un ciego, etc.; pues éstas sólo nos muestran una naturaleza, algo menos perfecta en su principio, ya que el sujeto está privado de uno ó dos sentidos, y la cual ha sido perfeccionada; al paso que el fruto de una cópula con el bruto, que ofreciera, por así decirlo, otra naturaleza, bien que injertada en la primera, aclararía muchos puntos cuyo desarrollo tanto ha ocupado á los seres pensantes.

Es difícil poner en duda que no hayan existido productos de la naturaleza humana con los animales. ¿Por qué no podían haber existido? La bestialidad era tan común entre los judíos, que estaba ordenado quemar el fruto junto con los autores. Las mujeres judías habían tenido comercio con los animales (*Exod.*, XXII, 19; *Lev.*, VII, 21, y XVIII, 23), lo cual, en mi opinión, es muy raro; concibo que un hombre rústico y desarreglado, arrastrado por el ardor de una necesidad ó los delirios de la imaginación, goce con una cabra, un asno, hasta con una vaca; pero nada puede familiarizarme con la idea de una mujer que se hace despanzurrar por un asno, y, no obstante, un versículo del Levítico (XX, 15) dice: *La bestia, cualquiera que sea;* de donde resulta evidentemente que las mujeres judías se prostituían *á toda especie de bestias indistintamente;* he aquí lo incomprensible.

Sea como quiera, parece cierto que han existido productos de cabras con la especie humana. Los sátiros, los faunos, los egipanos, todas esas fábulas son de ello una notable tradición. *Satar*, en árabe, significa macho

cabrío, y el cabrón expiatorio fué ordenado por Moisés para apartar á los israelitas del gusto que tenían por ese animal lascivo. Como en el Exodo se dice que no se podía ver la cara de los dioses, los israelitas estaban persuadidos de que los demonios se aparecían bajo aquella forma (*Lev.*, XVII, 7; *Exod.*, XXXIII, 20 y 23). Esto constituye el *Phasmatragu* de que habla Jámblico. En Homero hállanse también esas apariciones. Manethón, Halicarnaso y muchos otros, ofrecen huellas muy notables de esos productos monstruosos.

Se ha confundido los íncubos y los súcubos con los verdaderos productos. Jeremías habla de *faunos sofocantes* (24). Heráclito ha descrito sátiros que vivían en las selvas y gozaban en común de las mujeres de que se apoderaban. Eduardo Tysón ha tratado en el mismo género á los pigmeos, cinocéfalos, las esfinges; á renglón seguido ha descrito los orangutanes, los *egopithecai*, que son las clases de monos más afines á la especie humana, pues un orangután hermoso, por ejemplo, lo es más que un hotentote feo. Con el Génesis y el Levítico, Munster ha hecho el *Tragsmorpha* para todos esos monstruos, y ha encontrado cosas muy curiosas de los rabinos. En fin, Abraham Seba admite almas para los faunos, cuya existencia dice que es incontestable.

Tampoco hay nada positivo acerca de los centauros y los minotauros, pero tanta imposibilidad rodea su existencia como la de los productos de otras especies (25), En el siglo pasado fué tema de grandes discusiones el

(24) *Jerem.*, I, 39, *Faunis Sicariis* y no *ficariis;* porque *faunos que tuvieran higos* no significaría nada. Sin embargo, Sacy ha traducido como queda indicado, pues los jansenistas afectan la mayor pureza en las costumbres; pero Berruyer sostiene el *secarii*, y hace á sus faunos muy activos.

(25) Sin embargo, la vulva de la vaca, por ejemplo, es menos proporcionada al miembro viril que la de la cabra ó la mona. De modo que los grandes animales retienen más difícilmente.

hombre cornudo presentado á la corte. Conocida es la historia de la joven salvaje, religiosa en Chalons, que vive aún, y que bien pudiera tener alguna afinidad con los habitantes de los bosques. El difunto M. le Duc tenía en Chantilly un orangután que violaba las muchachas, tanto, que fué menester matarlo. Todo el mundo ha leído lo que Voltaire ha escrito acerca de los monstruos de Africa. Parece que esta parte del mundo, que aun se conoce poco, es el teatro más extraordinario de esas cópulas contra natura; la causa de ello hay que buscarla en el calor, más excesivo en aquellos lugares que en ningún otro del globo, porque el centro de Africa, que está en el ecuador, hállase más alejado de los mares que las tierras de las otras partes del mundo situadas en latitudes semejantes. Los ayuntamientos monstruosos deben ser allí asaz comunes; deben ser aquellos lugares la verdadera escuela de las alteraciones, de las degradaciones (26), tal vez del *perfeccionamiento* físico de la especie humana. Digo del *perfeccionamiento*, porque ¿qué habría más bello, en los seres animados, que la forma del centauro, por ejemplo?

Nuestro ilustre Buffón ha hecho ya en esta materia todo lo que puede permitirse un particular que no es rico. Tenemos una consecuencia de estas variedades en las especies de peros, las cópulas de diferentes especies de animales, la historia de los productos de los mulos, descubrimiento del todo nuevo, etc. Pero aquel grande

(26) El rey de Loango, en Africa, cuando se sienta en su trono, está rodeado de gran número de zuavos notables por su deformidad. Son muy comunes en sus Estados, y sólo tienen la mitad de la talla de un hombre ordinario. Su cabeza es muy ancha y no visten más que pieles de animales. Se les llama *Mimos* ó *Bakke-bakke*. Cuando están junto al rey, se les mezcla con negros y blancos para que hagan contraste. Este debe ser un espectáculo muy extravagante que á nada conduce; pero si el rey de Loango mezclara aquellas razas, se obtendrían resultados muy curiosos.

hombre no nos ha legado sus experimentos sobre los cruzamientos de hombres con bestias, cosa que debiera imprimirse, á fin de que fuera posible seguir sus opiniones; al menos perdiendo tan gran físico, no perderíamos el resultado de sus ideas.

La bestialidad es en Francia más común de lo que pudiera creerse, no por gusto, afortunadamente, sino por necesidad. Todos los pastores de los Pirineos son bestiales. Uno de sus más exquisitos placeres es servirse del hocico de un ternero, en el cual meten el miembro viril mientras el animal les lame simultáneamente los testículos. En todas aquellas montañas, tan poco frecuentadas, cada pastor tiene su cabra favorita, según se sabe por los clérigos vascos. Por medio de éstos deberíase cuidar las cabras preñadas y recoger sus productos. El intendente de Auch podría conseguir fácilmente tal objeto sin hacer revelar las confesiones (abuso atroz de religión en todo caso) (27); podría procurarse sus monstruosos productos merced á los curas: éstos pedirían á su penitente *su querida*, que entregaría al subdelegado del lugar, sin revelar el nombre del *amante*. No veo qué inconveniente habría en volver en provecho de los conocimientos humanos un mal que no puede impedirse.

(27) Lástima que los romanos no tuvieran, como nosotros, la confesión auricular; sabríamos todos sus secretillos domésticos, como se saben los nuestros. Sabríase si los romanos deshonraban tan brutalmente el matrimonio cual nosotros hacemos. En fin, tampoco tenemos pormenores acerca de las conversaciones de los ciudadanos. Nada debía ser más divertido que las pláticas de una familia que había estado por la mañana sacrificando á Príapo; los hijos y las hijas de la familia debían tener ideas muy singulares durante el resto del día.

LA ANOSCOPIA

Sabido es que en todos los siglos los funámbulos, los charlatanes, los médicos adivinos, políticos ó filósofos (pues los hay de todas clases), han tenido más ó menos influencia. La naturaleza del hombre, siempre vacilante entre el deseo y el temor, ofrece tanto cebo á quienes establecen su crédito ó su fortuna en la credulidad de sus semejantes, que hay incesantemente para ellos algún feliz descubrimiento que realizar en el océano ilimitado de las necedades humanas; y cuando se contentan con rejuvenecer las antiguas fascinaciones, las añejas locuras, el cebo es tan proporcionado á la avidez ignara y grosera del pueblo, al cual está especialmente destinado, que su efecto es infalible, por zoquetes é inhábiles que sean los maestros en la fácil arte de engañar á los hombres. La filosofía y la física experimnetal, mejor cultivadas, desengañan sin duda á gran número, pero aquel en quien pueden penetrar los progresos de los conocimientos humanos, será siempre mucho más considerado.

La palabra *adivino* encuéntrase muy á menudo en la Biblia, lo cual justifica la antigua observación de que entre los autores sagrados no ha habido filósofos ó han sido escasísimos. Moisés prohibe terminantemente los adivinos. «Si alguien, dice, hace caso de adivinos y brujas y comete con ellos liviandades, pondré mi cara con-